

AL MARGEN DE KAHLIL GIBRAN

EL ESPEJO

CADA vez que resonaba el violín en la estancia, el espejo brillaba de un modo extraordinario, como las ondas de una fuente que se incendia bajo la luz del sol, como los ojos de la mujer que ve llegar a la persona a quien ama.

Yo vine a él y le pregunté por qué sucedía eso y él, exaltado, me repuso con palabras brillantes como plata refinada:

—Jamás se reflejan en mis ojos imágenes más puras que los cantos suaves del violín.

EL ROCIO

SE entretenía el muchacho en sacudir las ramas del viejo rosal del jardín para hacer caer las gotas del rocío que cuelgan de las hojillas delicadas.

En viéndole, me lancé hacia él y le dije entre compasivo y airado:

—¿Qué haces? ¿No adviertes que dentro de cada una de esas gotas de agua pura hay alguien que contempla dichoso el mundo de esta mañana de primavera?

Le acerqué hacia una de las pequeñas gotas de agua cristalina y él creyó ver en su fondo su propia y juvenil imagen. ¡Oh engañosa gotilla de agua!

LA NOCHE

Si después del enorme día vivido, aún no estoy más cerca de la verdad, ¡oh, noche!, ¿querrías tu recibirme en tu fiesta suntuosa?

¿Querrías tu concederme la dicha de oír las liras de tu majestuoso silencio nocturno?

¿Querrías tu darme el precioso placer de ver las hermosas rosas que florecen en los jardines de tus sombras?

¿Querrías tu poner delante de mis ojos maravillados los sueños que surgen de tus palacios hechos de luz lunar?

Si así no fuera, en verdad, ¿es justo que yo siga viviendo en la angustia de los inmensos días?

¡OH, ILUSIONES!

LA hoja suspiraba por caer en brazos del agua del arroyo que corre cerca del árbol.

Y el agua del arroyo se complacía en sentir dentro de sí, en su profundo seno, la imagen de esmeralda de la hoja joven.

Y cuando el viento arrancó la hoja del árbol y la arrojó en el agua del arroyo, ya la hoja marchita, que había perdido su juventud, acariciaba

otros deseos, y el agua, se halagaba de poseer en su seno las imágenes de otras cosas.

LA SOMBRA

LA sombra era tímida y humilde y buena.

Siempre que encendían las luces, ella se retiraba detrás de las cosas; pero a fuerza de ver delante de sí a la luz, la alegre y sonora luz, la sombra se acostumbó a pensar en la luz como en algo suyo, como algo que surgía de su seno, como la flor de su fuerza, como la expresión de sus anhelos secretos. Y consideró que era ella la que distribuía, como una divinidad, la divina luz del mundo.

Así fué como la sombra vino a ser la piadosa amiga del hombre y la protectora de las plantas enfermas.

LA FRUTA

AL acercar la fruta deliciosa a mi boca, ella gritó:

—No me devores.

Y como para engañarme, se transformó de tan horrible manera, que me produjo repugnancia y la arrojé lejos de mí.

Años después, y cuando yo había olvidado completamente el caso, pasé de nuevo cerca de donde la fruta me había hablado. Entonces había como un pequeño bosque de durazneros, engalanado de flores rosadas.

Me senté a su sombra y sentí que las flores dejaban caer sobre mí un grato perfume de agradecimiento.

LOS AMIGOS

AMO a mis amigos porque ellos me recuerdan siempre la gloria de este mundo que yo a veces olvido, sin saber por qué.

Este que ha estrechado mis manos con las suyas, fuertes y duras, me recuerda la época en que era cazador en los bosques oscuros de nuestras viejas montañas; y la mano de esta mujer, tan suave y fragante, provoca en mí dulces memorias de juventud.

Y no habléis de los ojos de los amigos, porque son lamparillas perspicaces que alumbran caprichosamente nuestro pasado.

EL PLACER NUEVO

CUANDO nació el placer nuevo —dice el poeta árabe— me decía alguien dentro de mí:

—¡Pobre hombre! Cambia de for-

mas como un príncipe cambia de vestido.

No dejaba de ser vergonzosa la satirilla y quise cerciorarme de si aquella voz secreta me engañaba o decía la verdad. Busqué a la amada y me vi en el vino claro y púrpura de su riente copa de cristal.

Efectivamente, era otro el que reflejaba su imagen en el vino deleitable.

Quise más aún, y me miré en los ojos de la amada, y en sus aguas serenas y dulces, lo que no cambia en mí, se copiaba de un modo espléndido.

PIEDAD

HABÍA caminado mucho y sentía sed, una grande y angustiosa sed.

Al fin, hube de llegar a una aldea en cuya plaza hay una fuente de agua. Una joven estaba cerca de la fuente, y yo le dije sonriendo y tímido:

—¿Querrías darme agua de tu ánfora?

Me miró indignada, tomó el ánfora en sus manos temblantes y la rompió contra las piedras de la fuente.

¿Qué importa?

Yo la miraba. Era bella y graciosa, y aun le dije:

—¿Querrías darme un poco de agua en tus manos?

Y ella, indignada, tomó un poco de agua en sus manos y la arrojó contra la arena del camino.

—¿Por qué no quieres darme agua?, soy un desconocido y tengo sed.

—No es posible, dijo, sólo podría ofrecerte esta flor de mi corpiño.

Me dió la rosa que brillaba en su corpiño y se alejó, indiferente, de mi lado.

Y la arena, más sedienta que yo, había agotado el agua del ánfora rota.

SACRIFICIO

ERA un hombre ciego que había quedado ciego a consecuencia de un gran error suyo.

Su ceguera era un tormento, porque

En la Oficina del REPERTORIO, frente a las Alcaldías, puede Ud. adquirir las publicaciones de la conocida casa editora

PICTORIAL REVIEW DE NEW YORK:

La revista *Pictorial Review*,
el *Fashion Book*,
el *Arte de vestir*,
el *Catálogo de bordados*,
el *Crochet Book*.

También hallará Ud. un surtido de moldes para confeccionar vestidos en casa: enaguas, blusas, trajes de niños.